

NUNCA ES TARDE (Monólogo)

7 de la mañana

Gloria se afana en prepararse un ligero desayuno y en arreglarse un poco mientras da vueltas pensando en todas las cosas que todavía ha de hacer antes de que sus amigas, sus dos mejores amigas, lleguen a la casa. El sol ya despunta y se refleja en el cristal de la cómoda que hace de espejo. Gloria se mira de reojo y hace un gesto como de asco mientras continúa colocando los cojines del sofá una y otra vez e imaginando el aspecto impecable que traerán sus amigas. Ella lleva una bata sobre un pijama que le queda grande y todo el pelo medio revuelto al que trata de recoger con horquillas. Calza unas zapatillas de andar por casa. Mientras habla se va vistiendo.

La impresión tiene que ser buena pero sin excesos, yo no he sido nunca sofisticada. ¡Uy!, sofisticada, qué palabra, si mi marido me oyera, que siempre me dice –bueno me decía, cuando aún me veía, que ahora soy como transparente- que no paso de corrientita, que de joven y bien arregladita aún llegaba a resultona pero sin salir del montón, vaya. Y digo yo, que para lo que es Don Juan con Doña María basta que él tampoco está como para echar cohetes, porque desde luego matar, lo que se dice matar pues no mataba, qué quieres que te diga, ni de joven siquiera, pero es que en los hombres eso de ser más o menos guapos no tiene importancia, qué va, si a las mujeres nos gustan sensibles, inteligentes, comprensivos, con sentido del humor, tiernos, detallistas..., así que con todas esas cualidades, ¿para qué queremos que, encima, sean guapos?. Pero, ahora que lo pienso, pues oye que ni una, que ni una cualidad de esas le puedo colocar a mi marido. Bueno, a lo mejor inteligente sí que es, que mal no nos ha ido, aunque no sé si gracias a su inteligencia, pero, aun concediéndole un mínimo de materia gris, que a estas alturas ya no se la voy a negar... ¿qué le vería yo? Vaya usted a saber, que las mujeres somos así, que nos dicen cuatro frases bonitas y ya nos parece que ha llegado el príncipe azul, o será que con la edad se borran las cosas que una vio, o se imaginó que vio y por eso se borran, que entonces no haría falta que se borraran, que al ser imaginaciones... Bueno, pues sí que me he levantado yo hoy con ganas de darle a la cabeza y me voy de una cosa a otra, que en lo que yo estaba pensando era en mis amigas.

A lo que iba, la cosa es pasar un buen día juntas, no hace falta que todo esté perfecto, al fin y al cabo nos conocemos desde hace muchos años, ya no hay nada que demostrar. Aun así debería arreglarme un poco, tenemos los mismos años –yo unos meses menos- pero ellas hay que ver cómo se conservan. En esto llevo las de perder, desde luego que sí, porque otra cosa no tendrán, pero saberse cuidar sí que saben sí y eso que ninguna de las dos nada en la abundancia, que desde que se quedaron solas justo les viene para pasar el mes, que para eso sí que sirven los maridos, por lo menos los nuestros, para traer un sueldo a casa y no tener que andar una pensando a ver si me llega para un par de medias que necesito, con esta pensión de mierda –con perdón- que les queda a las viudas. ¿Ves?, pues que acabo de encontrarles una utilidad a los maridos, digo yo que tanto afán por encontrar marido que teníamos pues para algo tendrán que servir porque, no nos engañemos, lo de la cama no es para tanto que si no fuera porque a una la han educado en la creencia de que es obligación conyugal o algo así decían, pues para luego hubiera estado a todas horas dispuesta que nunca le vi la gracia que para mí que en las películas exageran, por lo menos yo no tengo buen recuerdo –afortunadamente ahora ya hace días que ni nos rozamos- pero a mí al principio me dolía, luego no sentía nada –lo cual casi era un alivio- y después lo que sentía era asco; con decir que ya en el viaje de novios –que estuvimos una semana en Barcelona- me iba todos los días a misa de siete para librarme del de la mañana, ya está dicho todo. Y claro, estas cosas daba vergüenza hablarlas con nadie y te las tragabas tú solita, que ni con las amigas se hablaba de esto...y hablando de amigas que es que me voy de una cosa a otra, estaba pensando en ellas y me he ido por los cerros de Úbeda, pues eso,

seguro que llegan con la intención de hablar sin parar ni un solo minuto, de charlar de todo lo que no se habla más que con las amigas, con las amigas de siempre. A mí es que me gusta hablar por los codos y más con ellas que no les falta nunca tema, que parece que les dan cuerda, oye. Además ahora hablo con tan poca gente que se me va a olvidar y es que no tengo ganas, hija, la gente aquí es muy sosa y tan estirada...que yo no sé ni encontrar las palabras para comunicarme, no me dan confianza como para expresarme a mis anchas, así que me limito a comentar el tiempo: “pues sí que hace calor hoy, sí señora, que lo de ayer tampoco era normal en esta época”...como si a mí me importara mucho si hace frío, si llueve o si deja de llover, que todo me da igual, qué tristeza más grande, chica. Tampoco de arreglarme tengo ganas ya. Y es que mi marido ni se entera, ni de lo uno ni de lo otro. Cuando le hablo, yo me pregunto y yo me contesto -que por eso se me ha quedado la

costumbre, digo yo, de hablar sola-, él, como mucho, suelta un “mmm”, igual de soso que los vecinos, que yo ya entiendo que mi conversación debe ser más que aburrida, que con la vida que hago lo más interesante que me pasa es que la gata de la vecina ha tenido gatitos y los traslada uno a uno con la boca para ponerlos a buen recaudo. Y qué quieres que te diga, a mí eso sí me parece bonito, será que no tengo otra diversión, pero a mi marido le resbala y me mira como si yo fuera tonta de remate por entretenerme en esas cosas, aunque yo creo que ni siquiera se percata de lo que le cuento y por eso me mira así de raro. Y si me arreglo o me dejo de arreglar, pues aún se cosca menos, que hace unos meses se me ocurrió teñirme el pelo de un color distinto -que se empeñó la peluquera que tenía que cambiar de imagen- y, ahora que lo pienso, ni a la peluquería voy ya, bueno pues a lo que iba que se me ocurrió lo del tinte -que ya se sabe que las peluqueras son muy aficionadas a teñir sin parar, que para eso son peluqueras- y ni se dio cuenta ¡y mira que era llamativo! ¿Y no me ves nada distinto?, le pregunté con una vaga esperanza, y él mirándome con esa cara de memo que pone a veces va y me dice “ah sí, ya veo que te has comprado vestido nuevo”. ¿Vestido nuevo?, ¡pero si iba en bata!

Hoy es diferente, ahora me arrepiento de no llamarlas más a menudo, pero es que yo tengo que atender a un marido y a esta casa de tanto trabajo y no me puedo permitir el lujo de dedicarme a llamar y a visitar a las amigas. Además, desde que vivimos en las afueras -lo que tiene muchas ventajas, dice mi marido- me da mucha pereza salir a la ciudad, con el atasco que se forma a la salida y entrada, que no acaba de llegar el autobús, porque yo nunca me decidí a sacarme el carné de conducir, que mi marido me decía que para qué lo necesitaba estando él y razón no le faltaba, que una mujer en mis tiempos siempre iba mejor acompañada de un marido, que da muy mala impresión ver a todas esas locas -como dice mi marido- que no hacen más que enredar la circulación, que las mujeres con un volante en la mano son un peligro muy grande, dice. Claro y es lo que yo digo que será la falta de costumbre, que antes, hija, una mujer no salía de casa sola ni a recaos, pues que mi marido es de esos de los de la mujer al lado suyo y de tocar el volante nada. Y si no queda más remedio pues el autobús, que pasa cada hora, y para lo que salgo...en fin que no, que yo tengo una vida distinta y punto. Sin embargo, mira, que estoy emocionada desde el punto de la mañana y que ya tengo ganas de que vengan. Aunque a este paso que llevo me van a encontrar hecha un adefesio, con estos pelos, hija, si parezco una loca...y qué pocas ganas tengo de arreglarme, cada día menos y me voy marchitando como una hoja, pero hoy no, hoy tendría que hacer un esfuerzo y estar medianamente presentable...

Desde luego éste no va a ser un día normal. Tengo que darme prisa y prepararlo todo para recibir a Eva y a Juana. De fijo que se presentan bien temprano para tener más tiempo de hablar. Lo peor es que si no preparo algo de comer tendremos que encargar pizzas por teléfono como la última vez que estuvieron ¿cuánto tiempo hace ya? ni lo recuerdo. He estado tan alicaída y apagada últimamente que ni ganas de hablar con ellas me daban. Pero no tenía que haber tardado tanto, que me hace mucha ilusión verlas, aunque no sé ni qué les voy a contar, de los chicos sé poco, que apenas me llaman y de mi marido menos, que, a veces, cuando le pregunto por el trabajo me contesta con evasivas y casi mejor, que si le da por decirme algo es para recordarme que yo no entiendo de esas cosas y que para qué me va a explicar nada, y que qué sabré yo cuando tienen problemas, total para lo que puedo hacer...pues digo yo que razón no le falta pero que si me hubiera ido explicando alguna cosa desde el principio pues algo entendería, que tampoco entiende una de cocinar ni de criar hijos ni de enfermedades ni de nada y a base de práctica pues que no lo he hecho tan mal... ¿o, sí?. Cualquiera sabe, que digo yo que malos no me han salido, pero cualquiera sabe.

¿Y ellas?, ¿Qué me podrán contar ellas si no tienen a nadie en casa? Pues mira que, en el fondo, me dan lástima las pobres, tan solas desde hace ya algunos años, porque Juana va para cinco los que está de viuda y Eva ya lleva tres y aun así debe de echar mucho de menos a su Roberto, tan guapetón y tan atento, que hay que ver cómo la llevaba, como a una reinona. Al menos eso decía ella. Y la de regalos que le hacía, porque los abrigos de visón que ha tenido no los lleva cualquiera y eso que, mira, siempre le he encontrado algo triste en la mirada y es que es lo que yo digo, que no se puede tener todo en esta vida, que llega un momento que todo aburre. Sí que la vi cambiar en cuanto los hijos se hicieron mayores y se fueron a sus propias casas. Claro que eso nos pasa a todas, que te acostumbras a tenerlos y luego ya no sabes de qué ocuparte, eso sin contar lo que se les echa de menos y se les quiere. Y hay que ver los hijos tan guapos, tan listos y cariñosos que le salieron. Al menos eso decía ella. Así que motivos para ese aire de princesa herida, creo yo, que no tenía. Aunque también es verdad que ella siempre se esforzaba por mostrarse como la felicidad personificada. No es que la haya oído quejarse nunca, no, pero no sé, tenía un no sé qué que siempre me ha chocado, ese aire lánguido y esos comentarios como el de "a todas nos toca pasar lo nuestro", que no sé a qué se refería porque le faltó el tiempo a Juana para saltar que qué sabría ella lo que son problemas. Y digo yo que a qué problemas se referiría ella misma también, porque que yo sepa no ha llevado tan mala vida que digamos. Y lo cierto es que Eva se calló en seco ante el comentario de Juana. Sin embargo yo

siempre lo veía todo muy normal, con su marido y sus hijos, que si no hubiera sido por lo de la enfermedad, bueno y quitando, eso sí, esas temporadas en que desaparecía y a las que yo nunca les encontré explicación... Porque cuando los críos eran pequeños nos veíamos mucho -no como ahora de Pascuas a Ramos- en el parque, de compras y no digamos nada cuando ya iban al colegio y podíamos tomarnos un cafelito por la mañana -yo poco rato que a mi marido no le gustaba que saliera mucho-. Y entonces era cuando Juana desaparecía a temporadas. "Que si no tengo tiempo de nada, que si tengo que ir al médico con mi madre, que si no tengo ganas de salir". Pues ya vamos a verte nosotras, le decía yo. "No, que no quiero cambiar vuestros planes". Y no íbamos, porque, aunque yo insistía, Eva me convencía de que sería mejor no ir no fuera a ser que no llevase el pelo de peluquería y ya sabía yo lo presumida que era Juana. Recuerdo que por entonces pensaba que había algo que me perdía, no sé, como que me ocultaban algo, pero al cabo se me olvidaba y otra vez volvíamos a la vida normal. Muchas veces me quedé con ganas de preguntarle a Juana si es que le aburríamos de vez en cuando por eso de tomar distancias a temporadas, pues la verdad es que hubo épocas que desaparecía una semana sí y otra también y eso no era normal sin que hubiera pasado nada entre nosotras pero como Eva quitaba hierro al asunto pues nada, hija, que yo tampoco le di importancia. Las ausencias ya no se repetían tanto conforme nos hicimos mayores, hasta que la pobre tuvo que cuidar al marido enfermo y entonces sí que desapareció. Total, que se pasó la juventud cuidando de los hijos, que las tres hicimos lo mismo que éramos unas crías cuando nos casamos y luego para postre te cae el marido enfermo -eso si no te tocan padres y suegros-. Que la pobre Juana ahí sí que tuvo que sufrir, vamos digo yo que más que antes cuando hacía esos comentarios que a mí tanto me intrigaban. Porque la enfermedad fue bien larga y penosa. Y fíjate que, sin embargo, yo la encontraba mejor las pocas veces que nos veíamos entonces, pero yo la llamaba mucho y la notaba como más animada, porque resignada no sería la palabra, que hasta estoy por pensar -si no fuera una barbaridad lo que voy a decir- que estaba incluso contenta, oye, de que su marido tuviera una enfermedad incurable. Pero qué cosas se me ocurren, con lo bondadosa que ha sido toda la vida Juana, siempre entregada a su familia, que no he visto cosa igual, oye. Ahora que el otro día, cuando nos encontramos, me dio casi como un punto de envidia. Sola sí que está, sí y eso me da mucha pena, porque además a los hijos los tiene muy lejos y apenas puede verse con ellos, que ya le dije yo que se fuera a visitarlos de vez en cuando, pero que no, que ellos tienen su vida y es mejor así. Yo tampoco voy a ver a los míos, así que no sé para qué hablo, pero lo mío es distinto porque mi marido dice que a qué

voy a ir a molestar, que vengan ellos si quieren que aquí está su casa y, además, que él no tiene tiempo de acompañarme y para ir sola pues que están muy lejos...Y yo lo comprendo y también a ellos que están tan ocupados, con sus trabajos y esta vida tan complicada que les ha tocado vivir a los pobres..., porque hay que ver, ni un momento de respiro tienen, que yo lo comprendo, pero que paso cariños, qué quieres que te diga.

Pero, a lo que iba, que me voy de una cosa a otra y es que me pasó como cuando su marido estaba tan enfermo, el de Juana digo, que la expresión de su cara era serena e incluso feliz, diría yo. Claro que después de cinco años de viuda ya se habrá acostumbrado a estar sola, digo yo, pero aún así, hija, que son muchos años los que pasaron juntos y se tiene que notar la ausencia. Y, en fin, no era como Roberto, el de Eva, pero parecía buen hombre. Aunque lo cierto es que no sabría decir muy bien cómo era, porque Juana lo nombraba más bien poco, ahora que lo pienso. Que nunca fue como nosotras que nos pasábamos el día hablando de nuestros respectivos: pues mi marido dice que si tal cosa, que si el mío hace tal otra y ella calladita que estaba. De los chicos sí que hablaba mucho, pero del padre casi nada. Yo ahora me reprimo un poco que al ser la única que tiene marido pues me da no sé qué nombrarlo mucho, lo que pasa es que ¿de qué otra cosa puede hablar una? En fin, que siempre ha sido Juana muy suya y muy reservada y como yo nunca he sido curiosa, pues no me preocupaban los detalles.

En estos momentos tengo que reconocer que me dan un poco de envidia. Envidia sana, pero envidia, sobre todo por no tener que dar cuentas a nadie de lo que hacen o dejan de hacer. Y por dormir solas...lo que yo daría por dormir sola en mi cama todas las noches y no que tiene que aguantar una tanto ronquido que me paso noches enteras en blanco y luego ¡hala! a punto mañana a prepararle el desayuno, que ya sé que ahora las mujeres no se levantan a preparar a los maridos un triste café con leche y menos desde que hay microondas y toda la pesca que no hace falta hacer nada, pero yo es que me digo y si no te ocupas del marido ¿qué carajo pintas tú ahora aquí? . Y nada pues que me levanto, haya dormido o no, con mala gana o sin ella, que una es así de tonta. Hoy, por ejemplo, que mi marido está de viaje, me he despertado con una sensación de alegría en el cuerpo que hasta me siento culpable y todo. Y el caso es que me pasa siempre que se va, que no es porque hoy vengan mis amigas. Que, por otra parte, no pueden venir cuando está él, que una tarde, hace tiempo ya, se le ocurrió a Juana venir a verme y hay que ver la cara que le puso y el mal café que tenía porque tardé un poco más que de costumbre en preparar la cena. Así que

desde entonces ya no se les ha ocurrido venir sin asegurarse de que voy a estar sola. Y digo yo que si se fuera para no volver igual no me pasaba lo mismo, pero es que se está tan bien disponiendo de tiempo para una. Qué cosas se me ocurren, envidiar a dos viudas más solas que la una en punto, que es lo que yo digo, que sin un marido que traiga dinero a casa no te queda mucho para vivir, que aunque sea pensionista, siempre es más de lo que le queda a una. Fíjate lo que le pasó a Eva, que después de vivir a lo grande le quedó una pensión de viuda que si no llega a ser por el piso que vendió de su madre, la pobre -que gracias a Dios era un buen piso y céntrico- no sé de qué hubiera vivido. Porque es que no hay derecho a que después de pasarte la vida entera trabajando para otros, luego no puedas tener una vejez medianamente digna. Y sin derecho a paro, que menudo problema las mujeres que se han separado de los maridos, que es lo mismo que quedarse en el paro cuando eres ama de casa, y no pueden cobrar ni una céntimo, claro, al no haber cotizado... pues una mano delante y otra detrás, como decía una vecina mía, que las amas de casa vivimos de favor y el caso es que si lo piensas bien no le faltaba razón. Toda la vida de favor y encima no seas agradecida ¡como si nos hubiéramos estado tocando las narices! Pero que esto es otro tema, que me voy de una cosa a otra. A lo que iba es que Eva dirá lo que quiera de ser libre y todas esas cosas que dice ahora, pero ella bien que presumía de veraneos estupendos y bien descansada que estaba con tanta ayuda que se podía permitir en casa. Que si asistenta, que si chica para cuidar a los niños, que si un día a la semana le iba una planchadora, en fin, que todo eso se fue con el pobre Roberto, que con lo guapo que era y lo sano que estaba... Sin embargo no entiendo yo el tema económico que como no fuera que tenía sólo deudas. Y otra que tal, Eva, toda la vida presumiendo de marido y de hijos y cuando se queda sola es cuando más contenta la veo.

Igual son imaginaciones mías, pero para mí que hasta han rejuvenecido las dos. A Eva no le hace falta ya ni la planchadora ni nadie. Ahora está incluso más simpática, que cuando la llamé el otro día después de encontrarme con Juana, se reía a carcajadas como nunca la había oído. Ni siquiera cuando íbamos al Instituto y éramos tan jóvenes, se reía tan a gusto. Porque guapa ha sido un rato largo, pero todo lo que tenía de guapa lo tenía de antipática y eso que yo siempre la he querido mucho, pero las cosas como son, que muchas veces no había quien la aguantara. Aún recuerdo cuando empezaba a hacerle tilín Roberto, la de desplantes que le hizo y el otro erre que erre, que con lo guapetón que era cualquier chica hubiera estado loquita por sus huesos. Pero él se empeñó en conquistar a Eva y no paró hasta que lo consiguió. No obstante, la verdad es que Eva tenía clase, la ha tenido

siempre y lo bien arreglada que iba siempre, que con cualquier cosa que se ponía parecía una princesa, con ese porte, tan digna, tan segura de sí misma, con las cosas siempre tan claras. Al menos es lo que decía ella.

Me acuerdo muy bien de cuando nos pusimos a festejar las dos, Eva y yo, ella con su Roberto y yo con aquel chico tan escuálido y ojeroso que quería ser abogado para defender a los que no se pueden permitir pagar uno. Un idealista que era el pobre, José Luis se llamaba, que menos mal, me decía mi madre, que corté con él, porque ni oficio ni beneficio habría tenido con tanto idealismo y tanta pamplina. Y lo que mi pobre madre no sabía es que a mí me importaban un comino el oficio y el beneficio, pero que sí que me daba miedo lo que pudiera pasar cuando empezó a meterse en aquellos líos. Y el caso es que era bien majo y buena persona aquel José Luis y lo bien que me trataba, oye, siempre pidiendo todo por favor y dando las gracias a cada momento, que si no hubiera sido por el pánico que tenía yo metido en el cuerpo...no sé. Tiempo después me dijeron que consiguió ser abogado, pero que se fue de España o algo así. Así que fíjate, en el extranjero y con hijos extranjeros que hubiera tenido yo de seguir con él, pero que me dio miedo, mira, pero para él aquellas reuniones y aquellas revistas que hacían eran lo más importante de su vida. Me miró con ojos tristes pero era su deber, me dijo, así que lo dejé estar y bien que le vino a Juana que se pasaba las tardes de los domingos en casa desde que Eva y yo festejábamos. Pero a mí me costó superar aquello, como que tenía un vacío que no conseguía llenar con nada, ni siquiera con el novio que tuve después y que ahora es mi marido, se llenaba el hueco. Pero se ve que la vida es así, que no hay como el primer amor y que al cabo hice bien porque en mi vida no ha habido ningún sobresalto y todo ha transcurrido de la forma más natural y tranquila del mundo. Aunque, sinceramente, algún vuelco del corazón sí que he echado en falta, porque, digo yo, si no, dónde está la gracia que si no llega a ser por mis hijos que, por otra parte, les dio por irse de casa tan pronto, como si hubiesen sido los hijos extranjeros que hubieran nacido en el extranjero de haber seguido con aquel José Luis, pero que de no haber sido por ellos, pues que no sé qué pintaba yo aquí, visto así con la perspectiva que te da el tiempo, claro. Chica qué pena, hay que ver lo que llega a pensar una.

Que no me queje, que menudo marido tan bueno y trabajador que tengo y que no he tenido que preocuparme de nada, me suele decir mi hermana, ya y qué sabrá ella lo que es aguantar a un marido y ella, mientras tanto, bien que se quedó soltera y pudo estudiar Derecho y trabajar y se va y se viene donde le da la gana, que se ha recorrido el mundo

entero, la tía, así que no sé para qué habla sin saber, que es muy cómodo decir que yo no tengo que pensar en cómo llegar a fin de mes, como si a ella le faltara, hay que ver y de todos modos a qué precio, si ella supiera..., claro que, pensándolo bien, cómo lo va a saber si yo nunca le conté de mis tristezas que con la vergüenza que me daba..., pero que lo de mi hermana es otro tema, que me voy de una cosa a otra. Pues que a lo que iba es que trabajador mi marido sí parece que es, buena persona, pues no sé, depende de lo que se entienda, porque consideración con la gente que ha trabajado con él no es que haya tenido mucha, que yo –aunque él piense que siempre he estado en Babia- de algo sí que me enteraba que bien que lloraba aquel hombre que después de quince años había dejado en la calle sin motivo y vino a la otra casa, “ay señora si usted supiera”, se lamentaba el pobre y, mientras lo esperaba, me contó a grandes rasgos la faena de mi santo esposo, pero que con el enfado que pilló mi marido ya no me quise meter más en los asuntos de sus negocios, que qué sabría yo de esas cosas, me dijo cuando traté de interceder por el hombre, que, hija, qué quieres, me había encogido el corazón, así que, depende de cómo se mire, pues igual muy bueno con sus semejantes no ha sido. Aunque conmigo no se puede decir que malo, que no me ha faltado de nada y tampoco a los chicos, ahora que aburrido y soso un rato largo, que casi era mejor que se pasara el día trabajando, que cuando estaba en casa ni tema de conversación tenía. Que todo hay que reconocerlo, una línea continua sin ningún corte ni contratiempo que echarte a la boca para darle una pizca de interés a la cosa. Cada día una fotocopia del anterior y cada mes y cada año, eso sí un poco más vieja y cansada y hastiada. Pero que se ve que todo no se puede tener en la vida y yo aún tengo marido que me proporcione bienestar y seguridad, no como Eva y Juana, las pobres, más solas que la una, sin unos miserables calcetines negros que echar a la lavadora, ni camisa que repasar de plancha.

Pues que aun así, que a pesar de lo solas que las veo, pues que me dan envidia, mira. Ahora se dedican a ir a unas reuniones, me dijeron, donde se juntan con más mujeres solas, viudas o separadas y allí preparan viajes, hacen tertulias, visitas a exposiciones en grupo y cosas por el estilo, pero que, sobre todo, hablan sin parar, madre mía, con lo que a mí me gusta hablar. Que digo yo que si no fuera porque vivo a las afueras, casi podría unirme a ese grupo porque ni soy viuda ni separada, pero sola, lo que se dice sola, estoy tanto como ellas. Como a mi marido le ha dado siempre por trabajar tanto -que bien que nos vino a todos, por cierto, como dice mi hermana- pues se pasa fuera todo el día. Y mientras yo ocupándome de la casa, día tras día siempre con la misma rutina, que desde que nos

vinimos a vivir aquí, tan retirados de la ciudad, no me queda ni la opción de irme a ver escaparates, con lo que me gustan, que algún día sí me voy, pero me da pereza coger el autobús y luego estar pendiente de la vuelta. Que nunca me pasó por la cabeza hacer nada distinto que no fuera ser ama de casa. Primero porque cuando los chicos eran pequeños me tenía que ocupar de ellos y segundo porque a mi marido no le ha gustado nunca que me dedicara a otra cosa -así que esto debe ser lo primero-. *“Que tú donde mejor en tu casa y con tus hijos, que, si te fijas, cuando salen esos delincuentes en la tele, la mayor parte de las veces no han tenido una madre que se ocupara de ellos”*. Y razón no le faltaba no, pero, que digo yo, que además de la madre han tenido un padre y no es que haya visto yo que se ocupara de ellos lo más mínimo, ni que utilizara un minuto de su tiempo para jugar con ellos. Pero qué tiempo iba a dedicar si cuando no estaba trabajando, estaba de viaje de trabajo o preparando el siguiente. Y el domingo -que entonces se trabajaba también los sábados- no se le podía molestar mucho porque era el día de descanso, de leer la prensa y del fútbol. *“Niños, dejar a papá leer tranquilo”*. *“Llévate a este crío de aquí que no me deja oír las noticias”*, que ya se sabe, que los chicos son muy pesaditos de pequeños.

El caso es que yo siempre he creído que era lo normal y para mí que formábamos una familia modelo, además, mis amigas hacían una vida muy parecida, así que lo que yo veía a mi alrededor coincidía bastante. En fin, que esas cosas que empezaban a oírse de la liberación de la mujer y todo pues yo pensaba que eran excusas por comodidad, que a nadie le sirve de gusto levantarse por la noche, cambiar pañales y estar todo el día dale que te pego al trapo. Lo que yo nunca he acabado de entender es que si esto de ser esposa y madre, así a secas, no es ninguna bicoca, por qué regla de tres, en mi época, era a lo único a lo que aspirábamos y si no, es que había algún fallo. Y a ver qué chica joven de las de entonces quería tener algún fallo, digo yo. Y anda que no nos daban la tabarra, que si tienes que ser una buena mujer de tu casa; que si el día de la boda el más feliz de tu vida -que no lo niego, pero que es una día nada más, oye; que si la ilusión de un piso nuevo, con la cocina a la última, que no todas tenían esa suerte. La cuestión es que, a veces, leía algún artículo en la sala de espera del dentista, que con las bocas que han tenido mis hijos media vida me he pasado allí, que esa es otra, la de llevarlos a un sitio y a otro, pero que éste es otro tema. A lo que iba es que en esas revistas -no en las de la peluquería que eran las del corazón- leía cosas que me hacían pensar, eso sí, hasta que llegaba a casa, porque una vez allí se me iba el santo al cielo con tanta lavadora y plancha y casa por recoger, que cuatro hijos dan mucho quehacer como para pensar en una.

Pero que digo yo que no sé por qué no puedo ocuparme ahora más de mí misma, porque bien mirado, sin los chicos, me sobra tiempo. Lo que pasa es que ahora lo que no tengo son ánimos, pero ni gotica de ánimos tengo ya. Hoy, por ejemplo, sí que estoy contenta, pero el resto de los días me dejo llevar por la corriente y con esta casa tan grande y casi sin ayuda, pues tareas no me faltan, contando además con el jardín, que también lleva lo suyo. Y además, oye, que a mi marido no le gusta que esté mucho por ahí de pingo, que una mujer de su casa no necesita más. Y fíjate que me da que pensar que la idea de comprar este chalecito a las afueras -que fue suya, claro- no está lejos del empeño que ha puesto siempre en que no me ocupara de otra cosa que no fuera él, su casa y sus hijos, porque, digo yo, que los chicos ya eran mayores y maldita la gracia que les hizo irse del centro, ahora que con lo pronto que se fueron de casa, ni tiempo tuvieron de disfrutarla. Y a mí, pues que me gustan los escaparates y salir de vez en cuando con Juana y con Eva, qué sé yo, que tampoco me mataba tener una casa así, vaya, que no niego lo coquetona que es y el jardín, que hay que ver lo hermoso que lo tengo, pero que en mi piso del centro yo me encontraba tan ricamente. Y él erre que erre que si cuando los chicos tengan familia, que si el jardín, que si los nietos y las fiestas familiares, como en las películas de los americanos, toda la familia junta haciendo una barbacoa, vamos, como si le hubieran importado alguna vez las fiestas, que hasta los cumpleaños de sus hijos se ha perdido. En fin, que como a mí los chicos me daban menos trabajo pues que ya empezaba yo a pensar en salir más por ahí aunque nada más fuera a tomar algún cafelito con las amigas y eso no le hacía ninguna gracia, que adónde íbamos a estas alturas, que se empieza tomando cafés y se acaba vaya usted a saber, y es que hija ha sido siempre tan celoso que ni a la esquina de la calle podía salir yo sin que torciera el morro. El hecho es que aquí estoy, en las afueras y sin carné de conducir, que con el autobús casi ni se puede contar. Y lo cierto es que no me había parado a pensarlo, pero cuantas más vueltas le doy al asunto más envidia me dan estas dos, que hoy me he despertado con una alegría en el cuerpo cuando he caído que estaba sola que me da qué pensar. A ver si va a resultar que lo que me apetece de verdad es estar sola y a mi aire, claro que bien pensado no sé de qué iba a vivir yo que con mi pensión mínima -que a más no tendría derecho- no te llega ni para dos lechugas, ahora que con lo que yo como, que todo me sienta mal y lo fatal que me encuentro cada mañana....

Suena el timbre y Gloria echa a correr hacia la puerta

Deben de ser ellas y yo sin preparar la comida

7 de la tarde

Gloria vuelve de cerrar la puerta de casa. Sus amigas ya se han ido y ella se deja caer, como derrotada, en un sillón de la sala.

Hay que ver qué silencio después de todo el día de cháchara, que parecía que nos habían dado cuerda. Si nos íbamos quitando la palabra de la boca como si se fuera a acabar el mundo. Anda que si nos llega a ver mi marido, menuda cara larga que tendría ahora y con ese gesto de asco que pone cuando se empeña – que es casi siempre- me diría: “Pues siguen igual de charlatanas tus amigas, a saber la de trajes que habréis cortado las tres hoy aquí”. Pues mira que no se ha de enterar que han estado, que a él qué le importa, además, ¿me cuenta a mí con quién está o con quién deja de estar?: Nunca, que no sólo cuando está de viaje, que cuando está aquí no sé ni tan siquiera con quién come todos los días, que a los del trabajo ni los conozco, que lo mismo está rodeado de secretarias imponentes y yo in albis. Bueno, que ahora no es momento de pensar en mi marido con esta desazón que tengo, que ya pensaré después si le digo o si no le digo. Y, como me temía, las dos impecables y lo guapas y lo jóvenes que se conservan, que nadie diría la edad que tienen, que hasta a mí se me olvida cuando las miro. Y encima han traído casi toda la comida preparada, qué vergüenza, madre mía, venir a mi casa y ni comida que les he preparado pero chica, que como dice Eva, ahora ya no hace falta cocinar como antes, que con la de cosas preparadas que venden para qué vamos a perder el tiempo en la cocina. Y bien mirado, sin maridos ni nada pues tampoco hace falta tanto...

Si ya lo digo yo, lo modernas que se han vuelto. Pero me he quedado de una pieza, ¡madre mía! Que yo creo que la carne de gallina se me ha quedado para cutio. Hay que ver cómo es esta vida, cómo es la vida de las mujeres, porque a los hombres no les pasa, no, que va, que ya se cuidan ellos de protegerse, toda la vida se han protegido unos a otros para estar a salvo y nosotras, en cambio, ya se puede ver, cada una en su casa, en su mundo y sin saber la tragedia que le puede estar pasando a la vecina, por ejemplo. Nunca, por más años

que viviera, me lo hubiera imaginado, lo juro por lo que más quiero, que ni remota idea de la que les estaba cayendo a las dos. Y, ahora que lo pienso, durante todos estos años me han debido de tener por tonta de remate, que sí, que sí, que soy más infeliz que un sidral, que no he sido nunca capaz de ver más allá de mis narices, que ya lo dice mi marido, “si es que tú aún crees en los Reyes Magos”. Qué casi me da vergüenza no haberme enterado de lo que han pasado, pero, hija, una no tiene por qué pensar mal de nadie y, es lo que yo digo, si me hubieran comentado algo, no sé, cualquier detalle, y va Eva y me dice que como yo estaba en una nube y parecía tan feliz en el limbo que para qué echarme jarros de agua fría. Sí, sí, tan feliz, dice, como si se pudiera ser feliz con semejante aburrido que tengo por marido y con cuatro hijos, que no daba a basto y además, que no me ha ayudado ninguno nada: ahí donde les caía la ropa, ahí se quedaba y la chacha, que era yo, pues a recogerla y a lavarla y a plancharla, un no parar, con cinco hombres ya puedes ver, pero que éste es otro tema, que no he sabido educarlos como hacen ahora, que en eso también he sido boba, pero qué quieres, que me creía que era mi obligación y nada más y como eran hombres... Volviendo a mis amigas, que yo creo que me tenían por tonta, que está muy bien eso de no querer hacerme sufrir, pero que eran mis mejores amigas y aunque nada más fuera un poco de consuelo sí que les podría haber dado, digo yo. Y va y me dice Juana que la ayudaba más sin que lo supiera, que así hablábamos de trapos y de los chicos y de las tontadas de la tele y se distraía. Yo, la verdad, no sé cómo tenía cuerpo para hablar de nada y ni una lágrima que le vi soltar nunca, oye. Y, ahora que lo pienso, en el limbo total que estaba yo. Claro, que parece ser, que ellas tampoco sabían nada de lo de la otra hasta que se quedaron las dos viudas y, como ahora pasan mucho tiempo juntas, pues se lo han ido contando. No sabían cómo decírmelo, las pobres, no me fuera yo a enfadar, pero qué diantre me voy a enfadar, lo que pasa es que de la impresión no sé si me recupero, que no es lo mismo oírlo en la tele a que les pase a tus mejores amigas, dónde va a parar. ¡Ay, chica, qué pena!

Total, que mis amigas en la vida real y yo, mientras tanto, en Las Batuecas. Toda mi vida igual, que me creo que todo el mundo es bueno y, digo yo, que por qué no ha de serlo si cuesta lo mismo, pues que nada que se ve que hay que ir jodiendo a la gente por el mundo – que en mi vida he dicho palabrotas y ahora ya ni me importa decirlas- y jodiendo, además, a la que más cerca tienes, que es de tener muy mala sangre y poco corazón hacer eso, oye, qué quieres que te diga, muy mal nacido hay que ser y nada más. Y, lo peor de todo, según me han contado, es que hay muchos casos cercanos, de esos que ni te imaginas, que no sólo es lo que sale en la tele y parece que siempre te toca lejos, que no, que no, ¡qué barbaridad!

Y el caso es que si una se pone a atar cabos... Pues ahora ya me da por pensar en unas y otras y a todas les veo algo raro, que a la vecina de arriba de la otra casa, de vez en cuando, la veía muy rara y con gafas de sol y todo que iba y aquellos gritos que se oían de vez en cuando, que yo pensaba que eran así algunos matrimonios, que les da por gritarse, se ve que no tienen nada mejor que hacer, decía yo. Y aquella chica tan mona que venía todos los días a comprar el pan a la misma panadería que yo, pues que un día sí que me acuerdo que llevaba una moradura en el brazo y al preguntarle yo -que como era tan escandalosa la moradura no lo pude evitar, oye- pues que se había pegado un golpe contra la puerta, me dijo y yo que aunque soy tonta perdida a veces me da por pensar, pues me quedé extrañada, que era un sitio muy difícil para darse con una puerta y ella enseguida que cambió de tema y ya no quise seguir. Pues ahora me acuerdo de todas como si fuera una película y todas las mujeres desfilando delante de mis ojos y entonces, oye, ni enterarme. Hay que ver lo ignorante que he sido, pero lo que se dice ignorante, ignorante.

Hay que ver con el famoso Roberto. Claro que con esa planta que tuvo hasta el último momento, que envejecía de maravilla -igualito que el buen vino- pues de calle se las debía llevar y con la mujer tan guapa que ha tenido y lo que se ha cuidado siempre y mira para lo que le servía estar tan estupenda, en fin, que los hombres como él no deben saber vivir sólo con una y éste con dinero y ese porte, pues un rosario que debía ser aquello, el muy canalla y que se ve que cada vez más jóvenes, claro y encima hasta alardeando y presumiendo de conquistador. Que si los hombres necesitan seducir para sentirse jóvenes, que si el deseo, que si la pasión, como si Eva no hubiera hecho lo imposible por mantenerse una mujer de bandera, que menudo sacrificio para semejante sinvergüenza. Que si con la misma mujer toda la vida pues que se pierde el aliciente y que, oye, que ya se sabe cómo son los hombres, pobrecitos, que su naturaleza es así. Ya les daría yo naturaleza, ya. Y lo mismo se creen que las mujeres no nos cansamos de tener siempre al mismo muermo al lado, con esa barriga que echa la mayoría y los gases, que en cuanto pasan unos años de matrimonio ya no se cortan ni un pelo, y lo que roncan, ¿y cuándo se quedan calvos y se les hincha la papada?, pero, hija, que a nosotras nos han educado de otra manera, o por lo menos a las de mi época que, como no he tenido hijas, no sé muy bien como andará ahora la cosa, aunque me he fijado que las jóvenes de hoy en día son mucho más sueltas y desenvueltas y, la verdad, hasta hoy no me acababa de parecer bien tanta libertad y salir a todas horas solas y con amigas, que aunque tengan marido salen igual por la noche que las he visto yo a las vecinas volver a las tantas, y a mí me parecía que eran un poco frescas, pero

que ahora que lo pienso, que hacen muy bien, que para tontas ya hemos sido nosotras, pero tontas, tontas de verdad y ahora ya qué, que está una tan cansada que da una pereza embarcarse en aventuras..., eso sin contar la cara de asco y las arrugas que me veo cada mañana, ¡qué pena, por Dios!.

Lo cierto es que ahora hasta que me alegro de que estén solas, porque lo de Roberto mal, con unas y con otras y los embrollos que dejó, que ahora me explico las estrecheces de Eva y es que se ve que había otros hijos por ahí para repartir la herencia si es que había herencia, porque la cabeza me daba vueltas y ya no sé si es que se la había fundido toda en sus devaneos o es que se había topado con una de esas lagartonas que le había dejado hasta sin camisa, que mal no le habría estado, si no fuera por la faena que le hacía a Eva, porque total él, en el otro barrio para qué quería nada, pero que ya no he querido preguntar más.

Bueno, a lo que iba, que lo de Roberto mal, pero anda que lo de Juana sí que me ha impresionado, que se me ponen los pelos como escarpas sólo de pensarlo. La pobre Juana. ¿Pero cómo se puede aguantar tanto? Que se ve que hubo épocas que era un día sí y otro también, mira, que le había cogido gusto a zumbar, el tío, como los sádicos esos que sólo se excitan cascando de lo lindo. Que no, que no, que yo eso sí que no lo hubiera aguantado. Ella dirá lo que quiera, pero ni niños pequeños ni nada, que a mí no me ponen la mano encima nada más que una vez, porque para la segunda ya estaría fuera de alcance, que habría puesto tierra de por medio, oye. Con niños auestas y sin oficio o como fuera. A fregar escaleras y punto. Que yo no me creo el cuento ese de que sólo cuando bebía y del arrepentimiento y el perdón. Eso sí que no. Mira, que no he podido evitar echarme a llorar como una tonta y se me ha quedado una pena tan honda de no haber podido ayudarla que un nudo en el estómago tengo. Pero que se ve que no es tan fácil como se ve desde fuera, tomar las de Villadiego, digo, que dice Juana que te empiezas a creer que eres una inútil y que no sirves para nada y que él tiene razón al enfadarse, porque la autoestima esa, o lo que sea, la tienes tan baja que te sientes, qué sé yo... basura. Chica yo no acabo de entenderlo, las palizas son palizas aquí y en Sebastopol y no me digas tú a mí que te tiene cariño alguien que te trata así, que es lo que yo digo, que si está loco pues que lo encierren y si está enfermo pues también. Pero que se ve que no hace falta estar loco ni enfermo, oye, según me han contado, que lo hacen hombres de lo más normales y sensatos y que nadie lo diría. Pues eso ya puede ser verdad, ya, que yo al marido de Juana bien normal que lo veía...pero

que no, que de visita somos todos muy majos y luego dentro de la casa pues a saber, que allí no hay nadie más para contarlo.

En resumen, que la pobre Juana pasando lo suyo y yo, mientras tanto, en la luna de Valencia. Para mí que Eva algo sabría, porque si no, ¿ cómo es que no le extrañaban, como a mí, las ausencias de Juana? Aunque también es verdad que Eva siempre ha sido más lista que yo y algo intuiría, digo yo. Y, ahora que lo pienso, anda que no he sido pava ni nada, que cuando oía noticias de malos tratos -que antes se oían más de cuando en cuando que ahora, que te vienen un día sí y otro también en la tele- bueno pues que cuando las oía que aún les iba yo diciendo que vaya la suerte que habíamos tenido nosotras y la pobre Juana tragando quina. No sé cómo pudo soportarlo y el caso es que me pongo a pensar y me empiezo a explicar cosas que yo veía, de mujeres amargadas, hija, que la gente se amarga enseguida, decía yo. Y yo que me quejaba del aburrimiento y encima, por si tuvo poco, a cuidarlo cuando estaba enfermo que corriendo lo cuido yo, una buena dosis de matarratas y al otro barrio, que de vez en cuando tengo arranques muy malos, con todo lo mansa que parezco, no te vayas a creer. Claro que, bien mirado, si ya sabía que se moría, era cuestión de esperar y no te arruinas la vida, pero que hace falta un aguante y un temple como el de Juana, siempre tan bondadosa y lo bien que está ahora, pues mira que me alegro de que se muriera, enfermo y todo, por lo menos aún le han quedado unos años para vivir tranquila y hasta feliz, que tiene ahora un brillo en los ojos que nunca se lo había visto. Y para todo tiene, oye. ¡Será cabrón el tío! (con perdón).

Y la otra, claro, hasta le debía parecer que era una privilegiada al lado de su amiga, que si sólo se trataba de hacer el golfo, pues la de aquél. Ella tenía de todo y sus hijos también y entre vivir con un animal o con un señorito guapo haciendo de Don Juan, pues que yo me quedo con esto último, qué quieres que te diga, ahora que no me digas que no es triste con lo que Eva le quería, que lloraba con mucho sentimiento cuando lo enterraron y también ha tenido que pasar lo suyo. Y ahora me explico la tristeza esa profunda que nunca llegué a comprender, cuando la vida parecía sonreírle a todas caras. Pues no me dice que se iba con las queridas de vacaciones y todo y ella disimulando, claro, que con lo bobas que somos aún les echamos capotes, que bien mirado, lo haría de pura vergüenza y yo lo comprendo, que no tiene que ser plato de gusto, y, además, qué otra solución le quedaba si le preguntaban en la playa por su marido, pues que trabajando, pobre, que casi no puede salir de Madrid, porque no era cuestión de decir, pues mira, chica, que está con la última de

sus amantes en un crucero por el Mediterráneo, mientras, ella, Eva, en Gandía todo el verano, desde que les daban las vacaciones a los chicos, bien colocada que la dejaba y él a vivir. Y yo que le tenía tanta envidia... Y ahora que caigo, que también me chocó en el entierro aquellos que yo no conocía y que no hablaban con nadie, al fondo, como queriendo pasar inadvertidos, pues yo que como Roberto tenía tanto mundo que conocería a mucha gente. Mira, a ese no hubo que cuidarlo que se quedó seco en el sitio del castañazo que se pegó con el Mercedes tan bonito, para la chatarra que se quedó, como él, que Dios lo confunda. El caso es que a Eva la entiendo más con el aguante, que con el nivel de vida que tenía, debe de ser muy duro renunciar a todo y los hijos han podido estudiar en el extranjero, hacer buenas carreras y vivir como príncipes gracias a las tragaderas de su madre, porque, eso sí que me lo creo, que si a Eva le hubiera dado por separarse, Roberto era de los vengativos que hasta sin camisa la habría dejado. Que quieras que no era dejarte en evidencia separarte hace unos años en según qué ambientes, que quedaba estupendo llevar del brazo a una mujer como Eva en las ocasiones importantes, y, además, si por eso hubiera sido, ni títere con cabeza, que hasta yo tendré motivo, si te descuidas y sin descuidarse que con el tiempo que hace que ni me toca la ropa cuando pasa – afortunadamente para mí, por otra parte- pues algo tendrá por ahí. Ahora que a mí, a estas alturas, me la trae al fresco. Hay que ver qué sorpresas te da la vida, que yo que pensaba que las películas eran películas, pues que no, que ahora resulta que son la vida misma pero contada de una forma así, bonita y con efectos especiales, aunque para efectos los que tengo yo en esta casa, que ni el vuelo de una mosca se oye.

Me voy a preparar una copita de jerez a ver si consigo digerir todo esto y, de paso, pensaré qué es lo que me pasa a mí con este desasosiego que tengo desde que se han ido, que veo las cosas de otra manera y no hago más que darle vueltas y vueltas a la cabeza. Y es que no paro de pensar que la vida les ha dado la oportunidad de recuperar un poco, aunque, bien mirado, a nuestros años adónde vamos ya y, por otro lado, que tampoco somos tan viejas y menos ellas tal y como están -que yo parezco diez años mayor y soy la más joven- que podrían ir a cualquier parte. Que yo he visto en la tele que las extranjeras llevan muchos años haciendo las mismas cosas que los hombres, pero que aquí, que llevamos mucho retraso, oye, que con eso de vivir al servicio del marido y los hijos, que era nuestra obligación -que así nos educaron y lo curas no paraban de metérselo en la cabeza- pues así nos ha ido. Y más les había valido, a los curas, digo, decirles a los hombres que estaba muy feo, pero que muy feo pegar a la mujer y ponerle los cuernos un día sí y otro también.

Que no sé si se lo habrán dicho, como a nosotras lo del deber para con ellos, pero que mucho caso no parece que han hecho, oye y el caso es que tampoco he visto yo que insistieran mucho en este punto. Que parece que si a una mujer le iba mal con el marido pues que algo habría hecho ella... Y fíjate tú Juana y Eva, unas santas, eso es lo que son, más buenas que el pan, que se han desvivido por todos y mira el pago que les han dado.

Lo cierto es que ya no me hace ni pizca de duelo que estén solas, pero ni pizca, oye y ahora sí que las envidio, sí. No lo que han pasado, no, pobrecitas, que yo, con todo el aburrimiento, la rutina, la vida sin alicientes y trabajando como una burra para que lo tuvieran todo a punto y como a ellos les gustaba -que han sido muy señoritos, oye- pues que no sé qué me da quejarme. Pero ahora sí que las envidio, que las miro y veo las ganas que tienen de vivir y la de proyectos que me han contado, que no todo ha sido hablar de desgracias. A lo que no hay derecho es a que haya que esperar a hacerse mayor para poder vivir un poco la vida de una y el caso es que me está entrando como una angustia de pensar que igual yo no tengo la oportunidad de vivirla nunca y, digo yo, que tampoco es plan esperar a que se te muera el marido, que da un poco de grima. Pero que aquí encerrada no me quedo, no señor, que algo tendré que hacer, que no sé si es el jerez pero que me está entrando un agobio entre estas paredes que en cuanto venga mi marido le voy a decir que vamos a vender esta casa y al centro otra vez, aunque sea un piso pequeño, total para los dos no hace falta tanto. Porque los chicos mucho no van a venir, que desde que el mayor se enfadó con su padre ya casi ni se acercan, llaman de vez en cuando y punto. Y esa excusa de que cuando tengan niños vendrán a vernos y necesitaremos la casa grande, pues que no cuela, que a él igual le da grande que pequeña, que casi ni la pisa. Y a los chicos ya se encargó de espantarlos con eso de que no pensarán que íbamos a hacer de canguros, "que a cada uno le toca cuidarse a los suyos", decía el muy cretino y aún más, "el que hizo el molondro que lo lleve al hombro" ¡tendrá valor!, pero si sabe que ha tenido cuatro de casualidad, que , a veces, hasta los nombres les cambiaba, claro como los tuve tan seguidos, que menos mal que al cabo del tiempo ya no le apetecía ni tocarme, que si no, con una docena que me encuentro, que yo me creía eso de que todos los que Dios mandara ¡pero seré idiota! y para más INRI que con sólo ver los pantalones de mi marido ya me quedaba embarazada, que no he visto cosa igual, la facilidad que tenía, oye. Y, encima, que ni un poco de gusto que me daba que ya es pena. Por cierto, yo no me explico tanto viaje, ahora que lo pienso, claro que con lo pasmao que es no me lo imagino conquistando secretarias y lo fofo que se ha puesto el pobre, que yo ya sé que estoy hecha una pena, que no me extraña que

haga tanto tiempo que ni me mira, oye, pero que a él tampoco apetece mirarlo, la verdad, que de un tiempo a esta parte se ha puesto fondón y con esas ojeras hinchadas...que hasta la cara tiene deformada.

Pues, mira, que no voy a esperar a que venga, que si llama esta noche se lo suelto y en paz. "Que he pensado que vendemos la casa", le diré, así, con decisión, "que me paso todo el día sola aquí a las afueras y para ese viaje prefiero estar en el centro", punto final. ¿Qué no quiere venderla?, pues que se vaya a freír espárragos, yo me voy y ahí se queda la casa, con jardín y todo, como si se prende fuego. Y que diga misa, que ya está una harta de hacer lo que diga siempre el señor, que bien está que sea él el que trae el dinero a casa, pero que una también ha contribuido lo suyo. Y, ahora que caigo, oí el otro día en la radio que hay una asociación de amas de casa que luchan por sus derechos. Cuando lo oí me pareció una majadería, pero que ahora estoy por apuntarme y todo, fíjate. Sí, sí, decidido, en cuanto llame se lo suelto –lo de la casa, digo- y en paz. Aunque, pensándolo bien que no sé que hago esperando a que tome él la decisión que digo yo que ya va siendo hora de que yo tome las mías, así que igual es éste el momento, que con los ahorrillos que tengo y algo que me tocaría pues aún me podría apañar. ¿Y no me han dicho que en esa asociación había una abogada muy maja que les solucionaba todos estos problemas?, pues que le voy a decir a Eva que me dé el teléfono, mira, y que a ver qué tengo que hacer para separarme de este mastuerzo. Y también tengo a mi hermana, que aunque no es especialista en eso algo sabrá, digo yo. Que, ¿por qué motivo?, porque sí; porque no he vivido; porque no sé lo que son los orgasmos esos, que hay que ver lo que se reía Juana cuando se lo he preguntado –que lo oí el otro día en la tele y me quedé con la duda- porque ya nadie me necesita, ni él mismo, que lo único que necesita es una asistenta -como siempre, por otra parte- porque no me gusta nada mi marido, oye, que si alguna vez me gustó ya ni me acuerdo; porque no me habla; porque no me escucha cuando le hablo; porque se ríe de mí cuando le pregunto algo que no entiendo de lo que dicen en la tele y me dice que soy una ignorante –que eso ya lo sé yo, que no hace falta que él me lo diga- porque, ahora que lo pienso, no me maltrata como el de Juana pero me trata con desprecio...y porque me da la gana y me apetece y punto. Madre mía, la cabeza no me para, ¿y si les propongo a Eva y a Juana compartir gastos? Tengo que pensar en ello, pero aquí no me quedo a esperar la vejez, un día deprimida y otro también, que hay que ver la temporada que llevo y total con la asistenta para lo poco que está en casa más que suficiente, que no, mira, que no malgasto ni un día más de mi vida que bastantes he malgastado ya. Y eso que, después de todo, aún he tenido suerte, pero el aburrimiento

también mata, ¡NO HAY MÁS QUE VERME!

Voy a llamar a mi hermana.

Gloria se da media vuelta y se dispone a bajar una maleta del altillo del armario.